

EL FIN DEL “MILAGRO ECONÓMICO ESPAÑOL”

Luis Zarapuz, economista de Comisiones Obreras
Artículo publicado en el nº 199 de Mundo Obrero de abril de 2008

La versión concreta de capitalismo que hemos conocido en España en estas últimas décadas está en crisis, no solo de forma coyuntural. La economía se está desacelerando y los capitalistas pretenden –como siempre- que el ajuste lo soporten “los otros”, es decir, los trabajadores.

LA VERSIÓN ESPAÑOLA DEL CAPITALISMO

La vía española al capitalismo, implementada desde hace décadas, y agudizada durante la última etapa de crecimiento (desde 1994) se basa en la **precariedad** como estrategia competitiva de inserción en la economía capitalista mundial, con niveles de justicia y bienestar social inferiores a los de la UE. La evolución de estos años puede resumirse con trazo grueso como *el triunfo del capitalismo parasitario y especulativo sobre el capitalismo productivo “con derechos”*. Esta estrategia de inserción capitalista está dejando de ser competitiva para las empresas de este país y será insostenible en el futuro, debido a la propia globalización capitalista.

Los sucesivos gobiernos han mantenido la apuesta capitalista para España, supeditando el interés colectivo al fortalecimiento de la economía de mercado y a la privatización del poder socioeconómico (cada vez menos se apoderan de más, y hemos pasado de monopolios públicos a monopolios privados afines al gobierno de turno). El fuerte crecimiento de la economía española en estos años se ha basado en la demanda interna. La fuerte bajada de los tipos de interés, la convergencia económica nominal con la UE y la estabilidad del tipo de cambio con la moneda única (euro), junto a una política laboral tendente a desregular las relaciones laborales han ofrecido un marco macroeconómico estable y propicio para las empresas.

Las sucesivas reformas y contrarreformas laborales de las últimas décadas –pactadas o impuestas- perseguían flexibilizar y abaratar las relaciones laborales. El gran aumento del empleo durante estos años se ha producido a costa de difuminar el concepto de trabajador y elevar su nivel de precariedad (bajos salarios, ausencia de contratos, altas tasas de temporalidad, encadenamiento de contratos temporales, falsos autónomos, elevada siniestrabilidad laboral, abaratamiento del despido,...).

Durante este periodo las amplias generaciones del final del *baby boom* se han incorporado precaria y masivamente a la actividad laboral y a la compra de una vivienda, a cambio de hipotecarse durante largos plazos cada vez mayores. La profundización en la apuesta por la precariedad y la relativa falta de trabajadores –agotadas las cohortes del *baby boom* e incorporadas en gran medida las mujeres- explican la fuerte demanda de trabajadores extranjeros, destinada a frenar posibles presiones salariales al alza que hicieran peligrar el modelo competitivo español de bajos costes. Los inmigrantes extranjeros han soportado una explotación extrema, en gran medida a través de la amplia economía sumergida, un factor estructural y diferenciador de España respecto a los países más desarrollados de Europa.

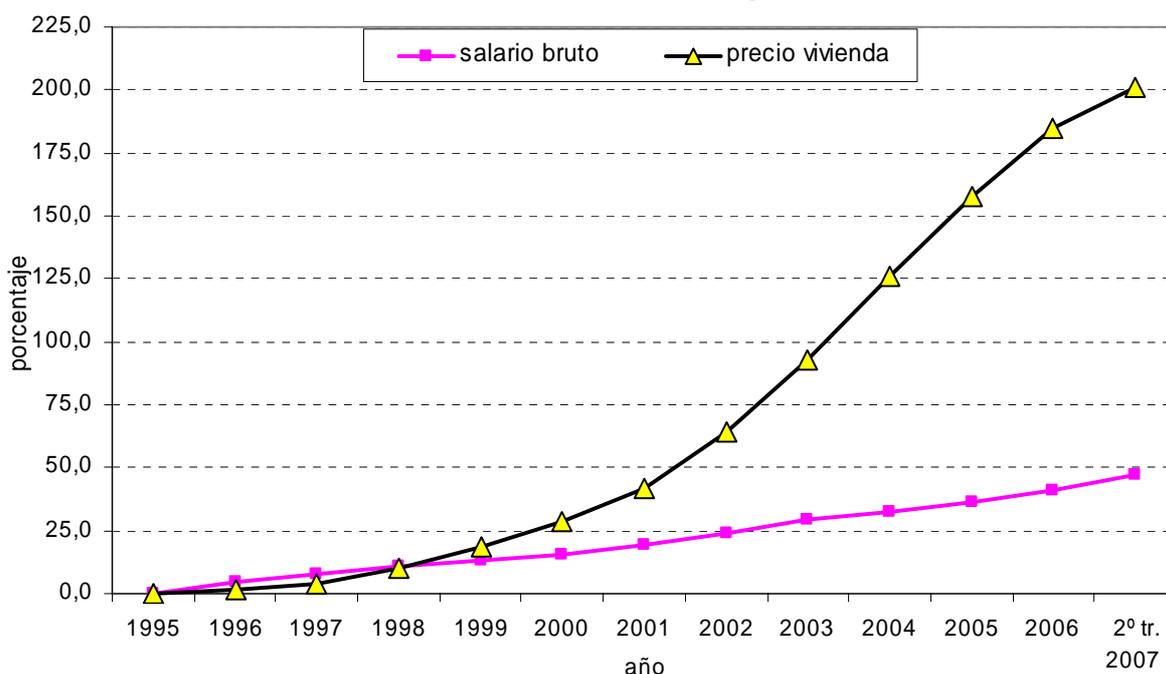
El sector inmobiliario/constructor, junto con las entidades financieras, ha impulsado el crecimiento económico y la demanda del resto de sectores. La especulación inmobiliaria ha lucrado a una minoría y ha generado un falso “efecto riqueza” en la mayoría, encandilada por la revalorización de su vivienda habitual. El *lobby* del ladrillo (entidades financieras, terratenientes, inmobiliarias, constructoras, Administraciones Públicas) ha

conseguido la complicidad de la sociedad española, ávida de participar de las migajas de este timo piramidal, fomentando un “capitalismo popular del ladrillo” y consagrando en el ideario colectivo la vivienda como la inversión más segura y rentable.

La presión al alza de la demanda de vivienda (vivienda habitual, segunda residencia e inversores) junto con el control absoluto del *lobby* del ladrillo de la oferta de vivienda (y la renuncia de las Administraciones a desarrollar una política que garantice el acceso asequible a una vivienda digna) dispararon al máximo el precio del suelo, de la vivienda y del resto de activos inmobiliarios. El sector de la construcción se ha visto además favorecido por las políticas desarrollistas de grandes infraestructuras de transporte e hidráulicas impulsadas por los diferentes gobiernos y financiadas en parte gracias a los fondos procedentes de la UE.

La fuerte apuesta por el ladrillo y la precariedad ha implicado el abandono o no desarrollo de actividades de servicios y sectores industriales estratégicos, de alta tecnología e I+D y mayor valor añadido. Por el contrario se han impulsado sectores más intensivos en empleo, mal remunerados, con poca cualificación o devaluado la requerida: construcción, comercio, hostelería, empleo doméstico, agricultura... El desarrollo más reciente de estos sectores se debe en gran medida a las situaciones de extrema explotación laboral e ilegalidad bajo las que se les ha permitido funcionar.

Variación % acumulada salarios vs. precio vivienda



RAZONES DE UNA CRISIS

Los países capitalistas se encuentran en estos momentos rumiando los efectos negativos del fin de la burbuja inmobiliaria internacional de estos últimos años y la reciente crisis de liquidez, solvencia y confianza derivada de la titulización de las hipotecas basura de alto riesgo. España, con un abultado déficit en la balanza de pagos (10% del PIB) y fuertes necesidades de entrada de fondos, sufrirá especialmente el fin de la financiación externa abundante y barata.

Este modelo del ladrillo ha sido (es) *cortoplacista*, inviable temporalmente y no sostenible medioambientalmente. El lobby del ladrillo se ha apropiado de la renta actual y futura de toda una generación (realmente se han hipotecado las vidas de los compradores, no sus casas) a costa de la exclusión y sobreendeudamiento de amplias capas sociales. El resultado es un país hipotecado, sin margen para destinar recursos a otras cuestiones, con graves repercusiones negativas sobre el resto de sectores y el empleo. Una minoría ha consumido de golpe los márgenes de crecimiento y desarrollo de España, comprometiendo seriamente su situación y evolución para los próximos años.

Este país ha realizado una asignación profundamente ineficiente de sus recursos, al destinar el grueso de la inversión, ahorro y endeudamiento a la promoción de un bien *excedentario* (en 2001 había ya siete millones de viviendas ociosas) y de nula aportación a la riqueza productiva y social. Invertir en bienes y servicios públicos de interés social, en formación, investigación y desarrollo,... mejora la capacidad real de satisfacer necesidades sociales y materiales, pero construir más viviendas para especular con ellas, además de generar otros problemas, solo lucrará a una minoría y no mejora la capacidad de una sociedad de cubrir sus necesidades reales.

En España hemos soportado una doble explotación y precariedad: laboral e inmobiliaria. Ambos factores se han retroalimentado mutuamente y han sido exprimidos al máximo hasta provocar el estallido de la burbuja inmobiliaria, fruto de la avaricia *cortoplacista* del *lobby* del ladrillo al sobrepasar todos los límites de extracción de renta de los trabajadores. El timo piramidal se desmorona y el efecto riqueza se convierte en efecto pobreza: hipotecas que se encarecen, viviendas que se deprecian, exigencia de garantías hipotecarias adicionales, aumento de impagos, embargos, suspensiones de pagos, desempleo...

El patrón de especialización productiva de España (gama media-baja y competencia en costes) se ha visto desbordado por los procesos de integración económica a nivel europeo (UE y su ampliación al Este) y mundial (OMC). Los países desarrollados de la UE –origen y destino del grueso de nuestro comercio internacional- producen bienes “más caros” (con más tecnología, valor añadido, nivel de cualificación y salario repercutido) que España importa en gran medida al no ser capaz de fabricarlos de forma “competitiva capitalista” (subordinación económica, falta de inversión e I+D,...). Y frente al patrón de especialización de bajo coste de España, otros países (encabezados por China) producen más eficientemente desde un punto de vista capitalista (más baratos y además con un peso tecnológico creciente). Sin cuestionar el marco de la globalización capitalista, los procesos de deslocalización industrial y de servicios son difícilmente evitables. Y aunque los empresarios intentan aumentar el grado de explotación de los trabajadores en España y rebajar sus condiciones laborales, difícilmente podrán competir en costes con las empresas de estos otros países.

La recurrente mayor inflación que soporta España refleja el poder monopolístico en algunos sectores que les permite fijar incrementos de precios superiores, y la mayor pujanza de la demanda frente a la oferta. Esto perjudica especialmente a los sectores de población más desfavorecidos y con menores mecanismos de protección ante la inflación. Además, al no disponer ya de los mecanismos de actuación sobre la política monetaria y de tipo de cambio, la mayor inflación agrava el abultado déficit exterior, al encarecer (y dificultar) las exportaciones españolas y abaratar comparativamente las importaciones.

El “milagro económico español” se ha quebrado y no podrá reconstruirse sobre las mismas bases: los factores estructurales que lo sustentaban difícilmente serán repetibles y sostenibles en el futuro:

- No se prevé una evolución tan favorable de los tipos de interés, con un abaratamiento tan intenso y duradero de la financiación.
- El impulso futuro de la edificación residencial no volverá a ser tan intenso y previsiblemente tendrá un mayor peso público, que atenuará la especulación.
- El fin del flujo neto de fondos de la UE que han financiado durante dos décadas gran parte de las infraestructuras y otras políticas públicas.
- El sobreendeudamiento de empresas y familias, en un contexto de financiación no tan favorable, reducirá sustancialmente la capacidad de consumo e inversión, y por tanto de crecimiento futuro.
- La previsible menor incorporación de inmigrantes extranjeros, fruto de la menor demanda empresarial y del endurecimiento de los criterios de entrada que se están generalizando en Europa, reducirá la aportación adicional de la inmigración al crecimiento económico.
- El desarrollo de intensas políticas públicas procíclicas (aumento inversión pública, rebajas impositivas) durante estos años de crecimiento ha reducido el margen de actuación pública ante futuras situaciones desfavorables.

PERSPECTIVAS/SALIDAS

En lugar de aprovechar el favorable ciclo económico para propiciar la transición hacia modelos productivos más justos y sostenibles social y económicamente a largo plazo, los diferentes gobiernos han desarrollado políticas procíclicas de apoyo a los sectores más precarios e insostenibles, agudizando la dependencia de los mismos (“se han puesto todos los huevos en la misma cesta”) lo que dificulta la reconversión hacia otros sectores productivos, reduce el tiempo disponible para ello y puede provocar un mayor ajuste.

El primer objetivo debe ser parar el golpe, el enésimo intento de recorte de derechos sociales y económicos de los trabajadores, especialmente en el caso de que la apuesta estratégica de las instituciones políticas y económicas frente a la crisis sea una nueva vuelta de tuerca en el capitalismo de la precariedad, profundizando en las propuestas neoliberales y en los recortes sociales. Si la salida institucional se encamina más hacia un capitalismo productivo “con derechos”, la defensa de los derechos socioeconómicos a corto plazo y la conquista de otros nuevos a medio plazo será algo más factible.

Vivimos en un mundo principalmente capitalista, sometido a la globalización económica y financiera. Plantear que España se aproxime al modelo de capitalismo social de Europa no deja de ser una *huida hacia delante*, un parche temporal buscando escapar del capitalismo salvaje que impera más allá de la “plácida Europa”. Los países mas desarrollados de Europa tienen unos niveles de bienestar y protección social superiores al nuestro, pero están sometidos a la misma presión competitiva capitalista que busca arrebatarnos las conquistas sociales y apropiarse de mayores parcelas de beneficio y renta de la clase trabajadora. Si los trabajadores de este país simplemente nos limitamos a gestionar el marco capitalista existente y no somos capaces de avanzar en la construcción de una alternativa política y socioeconómica basada en la justicia social y que cuestione radicalmente un sistema basado en el egoísmo privado y en la explotación del hombre por el hombre, los golpes y recortes que nos asesten cada vez serán más fuertes y cada vez será más difícil hacerles frente.